

JAVIER MARTÍNEZ ROMERA SORIA

A la hora de realizar cualquier tipo de indagación histórica, el investigador o el curioso del pasado sabe que, las más de las veces, la recogida de información suele ser tediosa y lenta, pero, en ocasiones, el proceso se acelera y proporciona algún detalle, documento o dato que colma la curiosidad e, incluso, llega a emocionar.

Ya hemos ido dando cuenta (HDS del 30 de enero de 2021 y del 28 de enero de 2022) de la azarosa vida de Emilio Serrano Jiménez, agredeño nacido el 13 de septiembre de 1908, deportado en los campos de concentración de Mauthausen, Dachau y Buchenwald y estudiante de Bachillerato en la modalidad libre entre 1920 y 1926 en el Instituto General y Técnico de Soria, hoy IES Antonio Machado.

Comentábamos entonces que no había sido posible localizar ninguna información contrastada sobre su vida, desde su salida del instituto hasta su bien documentada estancia en los campos de exterminio nazis. Por suerte o, tal vez, por un cierto efecto casi mágico de invocación, contamos ya con el expediente académico de sus estudios universitarios que, como recogía su ficha del campo de Dachau, se centraron en el ámbito del Derecho.

Tras concluir el programa de estudios del instituto de Soria, obteniendo así el grado de bachiller, mediante diploma remitido por el director Ildefonso Maés al ayuntamiento de Ágreda, donde su padre, Cipriano Martínez Gómez ejercía como alcalde, se matriculó Emilio Serrano en las Facultades de Filosofía y Letras, donde cursó algunas asignaturas comunes del curso de estudios preparatorios en 1926-1927, y Derecho, donde cursó la licenciatura. Ambas facultades de la Universidad de Zaragoza todavía se situaban entonces en el bello edificio de la Universidad de Cerbuna, en la plaza de la Magdalena, cruelmente derribado en 1968 sin ningún respeto patrimonial, ni siquiera por la magnífica biblioteca que la capilla del fundador albergaba y que también desapareció en 1973 para dar paso a la anodina construcción del IES Pedro de Luna.

En el histórico edificio, levantado por primera vez en 1587, poco después que su instituto soriano, cursó Emilio Serrano sus estudios en la modalidad no oficial, es decir, como alumno libre, continuado el mismo método empleado en el bachillerato. Era esta una práctica muy común en la época y sus usuarios superaban con mucho a los alumnos oficiales, 485 frente a 207 en la Facultad de Derecho en el curso 1929-1930, por citar un ejemplo. Como ya hemos dicho, se matriculó Emilio Serrano, primero, en el curso preparatorio en 1926-1927 y, después, se fue adentrando en el denso plan de estudios que alternaba derecho público y privado, canónico y romano, español e

HISTORIA EL AGREDEÑO ALUMNO DEL INSTITUTO MACHADO

EL ROSTRO DE UN HOMBRE SIN CARA

Deportado en tres campos de concentración y estudiante de Bachillerato en la modalidad libre, entre los años 1920 y 1926



Fotografía de Emilio Serrano Jiménez, perteneciente a la ficha de registro de identidad escolar de la Facultad de Derecho de la Universidad de Zaragoza, con dieciocho años, en septiembre de 1926. (ARCHIVO DE LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA).

internacional, penal y administrativo, hasta el curso 1930-1931 en que culminó sus estudios.

Pero la información puramente académica no es lo más valioso del expediente, sino la existencia de tres fotografías que, por primera vez hasta el momento, nos permiten conocer el rostro de Emilio Serrano. Se trata de la cara amable de un adolescente que, como todos los de entonces, parece mayor de lo que es en realidad, tal vez por guardar con fidelidad el código de vestimenta elegante de la época; chaleco, americana cruzada, corbata y peinado impecable y alisado con brillantina, que no distrae la atención de una mirada profunda, quizás reconcentrada y, sobre todo, juvenil.

La documentación de la Universidad de Zaragoza nos aporta, además, algunos otros detalles interesantes, además de las calificaciones, como son sus distintos domicilios, en el principal del número 9 de la calle Hermanos Argensola durante el segundo curso de Derecho y en el primer piso de la calle Cerdán número 20 en el último curso 1930-1931, no lejos del domicilio familiar de su madre Emilia Jiménez en la Plaza de Lanuza, 15, recogido en la documentación alemana.

Mezclando estos datos con los enormes y evocadores conocimientos de la profesora Eva Lavilla Rey de la Zaragoza de comienzos del siglo XX, no cuesta imaginar, como en una sucesión de fotografías de Lucien Roisin, a Emilio Serrano en la monumental biblioteca de la antigua universidad, en busca de algún volumen de jurisprudencia entre las estrechas escaleras y las góticas estanterías de la antes iglesia, ni verlo pasear relajado después de un examen final, en una tranquila y calurosa tarde de junio, de vuelta a casa por una Zaragoza todavía manejable y familiar.

Caminaría por la calle del Coso, quizás miraría con curiosidad la cartelera bajo las estatuas del elegante Teatro Principal y, al llegar a la Plaza de la Constitución, repararía en el elegante comercial de la agencia Ford que trataba de vender las excelencias de uno de los últimos descapotables de la marca a un acomodado cliente del Gran Café Royalty. Ya más cerca de casa, transitando por el Coso alto, mira-

ría con curiosidad el escaparate del Gran Bazar X y sus elegantes sombreros canotier dispuestos ya para el incipiente verano. Después, tal vez, fijaría su atención enfrente para averiguar qué película proyectaría el cine Ena Victoria y proseguiría por la transitada acera, reparando en el elegante escaparate de la Papelería Crespo, con sus lujosas estilográficas y estilosas tintorerías, mientras veía de soslayo bajar del ómnibus a los clientes del moderno Hotel Oriente.

Llegaría a casa casi a la vez que el tranvía de la línea 7, entre el Ayuntamiento y el Portillo, el mismo cuya campanilla lo despertaba por las mañanas -quien sabe si conducido por Cayo Morata, el protagonista de La Casa de los toros, la novela (Unaluna, 2004) del recordado escritor y dibujante Sebastián López, «Sebas» que tan bien retrata la Zaragoza y la Soria rural de la época- a la vez que el ruido del tráfico de carros y el quejido mecánico de las sobrecargadas camionetas Citroën que abastecían al mercado de Lanuza casi de madrugada.

Una vez en casa -que como toda la manzana, repleta de negocios y pensiones, como la famosa y longeva Fonda Hispano Francesa del número 1, sería derribada en 1976 para darle a la calle su amplitud actual y dejar empujado el bonito edificio de las vecinas Escuelas Pías de los Escolapios- se tumbaría sobre la cama y, tal vez, pensaría, ajeno a todo, incluso a su aciago destino, en los inminentes paseos veraniegos hasta la Fuente de los Incrédulos o en acudir a bañarse al Ebro, junto al elegante edificio de baños, construido poco antes, en 1928, en la arboleda de Macanaz y epicentro de la vida social del estío zaragozano o, acaso también, en su Ágreda natal, tan agradable en verano, refrescada por el aire del Moncayo.

Concluidos los años de estudiante universitario en aquel efervescente y trascendental año de 1931, tal vez se le plantearían a Emilio dos salidas profesionales; el ejercicio libre de la abogacía como pasante y, más tarde, como procurador o abogado en un bufete o en su propio despacho o el ingreso en alguno de los cuerpos de la adminis-

tración pública como funcionario.

De la primera hipótesis no hemos encontrado evidencia. En el archivo del Real e Ilustre Colegio de Abogados de Zaragoza no aparece su nombre en ninguna de las listas de abogados y procuradores colegiados y en ejercicio entre 1931 y 1945.

Parece razonable, entonces, inclinarse por la segunda opción. El hecho de que en la ficha de Dachau conste un domicilio en Málaga, en un tiempo en que la movilidad laboral era casi inexistente comparada con la actual, parece apoyar la opción de su trabajo como funcionario, hipótesis que no hemos podido confirmar, al menos por el momento, al no existir ningún expediente a su nombre en el Archivo General de la Administración de Alcalá de Henares, en búsqueda incompleta y dificultosa ya que no existe registro alfabético de expedientes por nombres, sino que hay que revisar, tarea casi hercúlea, organismo por organismo.

Seguimos sin conocer detalles de su vida personal, pero, su residencia en Málaga hace presuponer que entraría a formar parte del ejército republicano al comienzo de la guerra civil, antes de la toma de Málaga por parte de las tropas sublevadas, en sangriento combate con ayuda italiana, a comienzos de febrero de 1937. Sergio Campos Cacho localizó en el Diario Oficial del Ministerio de Defensa (n.º 129, 1938) a un Emilio Serrano Giménez, ascendido de cabo a sargento en el Cuerpo de Tren del Séptimo Batallón de Etapas, una unidad auxiliar de camiones de transporte, pero parece más plausible que nuestro Emilio Serrano Jiménez fuese el que aparece en el Diario Oficial del Ministerio de Defensa Nacional, número 251, publicado en Barcelona el 28 de septiembre de 1938 y que lo cita como ganador de una de las plazas convocadas por concurso, según circular del 14 de junio anterior, para proveer cien puestos de tenientes auditores en campaña del Cuerpo Jurídico Militar, empleo mucho más coherente con su formación universitaria.

Por desgracia, no hemos podido obtener información complementaria del desempeño, ya en la parte final del conflicto, de ese empleo, al no existir ningún expediente con su nombre ni en el Archivo General Militar de Ávila, ni en el Archivo General Militar de Guadalajara que centralizan la mayor parte de la documentación militar de ese periodo.

Es de esperar que la aparición de nuevos documentos o, quizás, el testimonio de algún descendiente de sus hermanastros nos permita conocer mejor a este agredeño alumno del Instituto Machado y saber algo más de la vida de un hombre sin cara al que, por fin, hemos puesto rostro.

Javier Martínez Romera es doctor en Traducción e Interpretación y profesor de Geografía e Historia en el IES Antonio Machado